

Álvarez, Ignacio, Luis Martín-Cabrera y Greg Dawes, eds. *Homenaje a Jaime Concha. Releyendo a contraluz*. Raleigh, NC: Editorial A Contracorriente, 2018. Impreso. 196 pp.

PABLO FAÚNDEZ MORÁN
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO

Este libro adscribe a lo que bien podríamos llamar un género menor, pero tremendamente difundido dentro del universo de las publicaciones académicas: el homenaje. Basta con digitar el término en un catálogo bien nutrido de alguna biblioteca, universidad o instituto para comprobar rápidamente que la del “homenaje”, mediante compilaciones de escritos redactados por colegas, es una práctica habitual de valoración y celebración de los méritos de una trayectoria en docencia e investigación. Sin embargo, y según decimos, a pesar de este estatus casi tradicional, los libros que de esto resultan son siempre ejemplares de una muy especial circulación, a los que rara vez se llega por alguna especificidad temática que no sea la figura del mismo homenajeado, y sin tener muchas pistas acerca del grado de independencia de su contenido respecto de los aspectos biográficos de una *vida* y una obra. Este último aspecto es acaso el mayor desafío que conlleva la composición de un texto de estas características, pues sin poder renunciar a la alabanza implícita en todo homenaje, tendrá que lograr demostrar en qué medida y por qué motivos dicha alabanza es justificada. El volumen que a continuación comentaremos, *Homenaje a Jaime Concha. Releyendo a contraluz*, nos ofrece una lectura rica en elementos para abordar dicha cuestión.

El origen de este libro publicado en el 2018 se remonta a los años 2011 y 2015 en que tuvieron respectivamente lugar dos pequeños hitos consagradorios de la carrera del crítico literario y docente universitario chileno Jaime Concha dentro de su país de origen. Hablar de consagración en este último espacio se justifica si se considera que tras el golpe de Estado de 1973, Jaime Concha partió al exilio, volviendo solo esporádicamente a Chile, y continuando su labor académica en universidades de Europa y EEUU. El primero de estos hitos corresponde a la publicación de *Leer a contraluz* por parte de la editorial de la Universidad Alberto Hurtado, que reunía una serie de ensayos sobre narrativa chilena escritos por Concha entre la década del '60 y los primeros años del nuevo siglo, y que se inscribió rápidamente como un aporte valioso a la ya avanzada reestructuración de las perspectivas del estudio de la literatura chilena en Chile, en aras de la superación del fuerte legado estructuralista heredado de la dictadura. Mientras estuvo en el exilio, sus trabajos siempre detentaron una poderosa autonomía respecto de dicha matriz metodológica, pero su difusión en el país, y más importante, su

incorporación a un corpus dedicado a la literatura chilena, fueron francamente deficitarias. Su rescate sirvió a la recuperación no tanto de una perspectiva teórica particular por él encarnada, como a la de un lector erudito y riguroso, muy fino en la incorporación de afluentes históricas y psicoanalíticas para el análisis literario, capaz de devolverle vitalidad a la consideración de las matrices político-económicas en que se escribieron las obras analizadas, así como a las conflictivas relaciones de clase que las animaban, a las representaciones de los conflictos humanos dentro de un espacio social.

El segundo hito señalado llegaría en agosto del año 2015 con la celebración en Santiago del congreso “Leer a contraluz: un recorrido por la literatura latinoamericana junto a Jaime Concha”, que reunió a una serie de académicos de Chile y Estados Unidos. Según sus organizadores, el encuentro no perseguía ser tanto un homenaje como “un compendio de reflexiones críticas y teóricas inspiradas al hilo de las múltiples contribuciones hechas por Jaime Concha a lo largo de más de cinco décadas de profesión universitaria.” (VII). A pesar de esto, pero sin contradecirlo, la nómina de participantes del encuentro acogería distintos momentos de su biografía al incluir a compañeros de ruta y testigos de su trayectoria académica: Juan Gabriel Araya Grandón, con quien hizo el pregrado en la Universidad de Concepción; Rodrigo Cánovas, alumno de Concha también en Concepción, y Jill Kuhnheim y Brian Gollnick, alumnos suyos en los Estados Unidos; compañeros de generación y de afinidades temáticas, interlocutores frecuentes de su trabajo académico, como Grínor Rojo y John Beverly; colegas suyos en la Universidad de California-San Diego como Luis Martín-Cabrera; finalmente, lectores cercanos y asiduos de su obra, como Paula Miranda y Greg Dawes. Tres años más tarde, las ponencias presentadas por estos personajes aportarían la base y el material para la composición del libro en homenaje a Jaime Concha que, aludiendo a la publicación del año 2011, llevaría el subtítulo *Releyendo a contraluz*.

El hecho de convertir en un libro lo que primero fueron una serie de conferencias permea las páginas del volumen y define una de sus virtudes. Pues, mediante la transcripción fiel de muchas de éstas, se cuelan en la redacción una serie de gestos íntimos de comunicación directa y presencial, mediante los cuales los expositores se dirigían al público y a sus colegas, ingresando a un nivel personal y emotivo para fundar el sentido de la reunión que los congregaba. Esto permite en ciertos momentos alejar la discusión de las materias estrictamente disciplinarias abordadas en las presentaciones, y llevarla a consideraciones acerca del trabajo y la convivencia académicas. Explícitas en esto, las palabras de Paula Miranda de la Pontificia Universidad Católica de Chile, en su intervención:

Pienso que en este gesto de invitarnos a reconocer el legado de Jaime Concha ... nos ofrecen también la oportunidad de crear sentido de comunidad, universitaria y social, en tiempos en que los

vínculos están demasiado debilitados y en donde ‘crear comunidad’ parece no ser ‘índice’ considerado para medir la productividad académica. (35)

Luis Martín-Cabrera por su parte, uno de los organizadores del congreso, acude al mismo posicionamiento en un párrafo largo de su intervención, en el que distancia a la reunión que los convocaba de una serie de prácticas y productos académicos que, en la lógica que los rige, falsean un sentido de gratitud inherente al trabajo de pares: habla así del “estilo MLA”, y de los “papers”, pero también de “mausoleos” y de “loas vacías al estilo de los viejos filólogos españoles” y lo engloba todo en “estos tiempos neoliberales de egolatrías cibernéticas auspiciadas por una universidad cada vez más ensimismada y abocada a una autoreferencialidad tecnocrática.” (10) Insistiendo en lo indicado hace algunas líneas, estas declaraciones, que no constituyen la materia propiamente tal de las intervenciones, *se producen en el marco de un congreso-homenaje y no de un congreso*, propiciando momentos en que los académicos suspenden un instante el trabajo exclusivo de análisis y comentario de la literatura, para indicar un reconocimiento común en torno a una profesión, y, en consecuencia, posibilitar una reflexión crítica sobre ésta. El contenido de dicha reflexión, como es de advertir en las palabras de Miranda y de Martín-Cabrera, acusa una lógica de la productividad y la tecnificación dominando y normando aquello que entienden como su trabajo, y postergando un sentido que no termina de ser definido, pero que está impregnado de la palabra *comunidad*.

Constatar esto permite avanzar en la identificación de un segundo aspecto positivo de este volumen, y que tiene que ver con la forma en que lidia con su propia diversidad. Pues, una vez advertido y enterado el lector en las páginas introductorias de que está leyendo las presentaciones de un congreso-homenaje, se encuentra con diez ensayos sin un denominador común discernible. Hago rápidamente el recuento, según las secciones en que se organiza el libro: sección “Concepción” dos textos testimoniales sobre la persona y las líneas de trabajo crítico de Jaime Concha; sección “En torno a Mistral, Huidobro y Neruda”, dos textos sobre poesía chilena de la primera mitad del siglo XX; sección “Irradiaciones”, un texto sobre la dimensión militante de la crítica literaria, junto a uno sobre la literatura chilena de la dictadura; sección “San Diego”, un texto sobre el impacto de las protestas de Haymarket en Chicago en 1886 en la prosa y pensamiento de José Martí, junto a uno sobre la dimensión dialéctica de la escritura de Jaime Concha, junto a un tercero sobre tres poetisas chilenas del nuevo siglo; finalmente, sección “Con voz propia”, un ensayo del propio homenajeado dedicado al “Estudiar literatura”. Si bien esta particular combinación, y según nos enteramos al ir leyendo el libro, termina por informar la diversidad temática del trabajo crítico de Jaime Concha, la posibilidad de fundarla más allá del solo personaje es rebuscada y atenta contra la cohesión del libro mismo. Será, no

obstante, su propio carácter meta-reflexivo, expresado en una capacidad de establecer diálogos cruzados entre un texto y otro -y que ya advertimos antes en los gestos de camaradería-, el que le permita sortear este obstáculo. Dentro de esto despunta la contribución de John Beverly de la Universidad de Pittsburgh, “¿Puede ser la crítica una práctica militante?”, por comprender una reflexión acerca de los fundamentos teóricos del trabajo con la literatura, y propiciar así una matriz de sentido con que cotejar el resto de los artículos. Beverly entiende que la lectura se yergue sobre un principio incontestable de *igualdad*, pues presupone una condición inherente a todo individuo alfabetizado frente a un libro a ser artífice de un proceso de interpretación, el cual a su vez en su realización despliega una comunidad de intérpretes, que son todos aquellos que han leído ese libro, y que por esa sola razón están autorizados a opinar sobre él. Por cierto que Beverly acusa conocimiento de que la situación así descrita no se vive y practica de la misma manera en la realidad, mucho menos en la realidad universitaria, y que los procesos de interpretación están poblados de mediaciones de autoridad. Reconociendo, no obstante, esa primera dimensión esencial de la práctica, dichas mediaciones pueden ser combatidas:

En tanto la literatura y la crítica literaria y cultural participan de crear o reproducir relaciones de subordinación y desigualdad, la igualdad como una condición inmanente previa a la semiotización cultural, presiona contra la autoridad de la literatura y la crítica. (77)

La crítica militante a que se alude en el título de la conferencia es así la adopción de dicha igualdad como principio metodológico, entendida, advierte Beverly, como un sentido de antagonismo, pero también de solidaridad, es decir, velando siempre por una suerte de nivelación de la autoridad de las voces en desmedro de las jerarquías propias de cada época. Alcanzado este punto, el texto proyecta lo que venía desarrollándose como una reflexión histórica del trabajo crítico-académico a una dimensión política evidente. Antes, no obstante, de que el lector se confronte con ésta, lo que aquí importa destacar es cómo ella opera sobre el ejercicio mismo de *esa* lectura y ofrece una perspectiva desde donde abordar el acto de homenaje a un profesor que se estaba jubilando después de 50 años de trabajo en la academia. El texto de John Beverly encarna de esta forma el carácter interactivo y dialógico que atraviesa este libro. Es así, finalmente, que la matriz de la “crítica militante” permea el artículo de Christopher Conway, quien repolitiza la figura de un autor ya de por sí tremendamente político como es José Martí a partir de su reacción a la condena a muerte en Estados Unidos de ocho anarquistas en 1886, después de un dudoso proceso; así también, a partir de las intervenciones de Rodrigo Cánovas, Paula Miranda y Greg Dawes, ponderamos la figura del mismo Jaime Concha como renovador de la crítica en torno a la obra de Pablo Neruda en un momento clave de superación de

lecturas herméticas que venían de España con Amado Alonso a la cabeza; así, luego, en el artículo de Jill Kuhnheim quien revisa la importancia reciente de tres poetisas chilenas en la renovación de la lírica nacional al cierre de la transición. Este atributo reflexivo no es exclusivo del texto de Beverly respecto del resto del libro, donde estos diálogos pueden establecerse de maneras más superficial o profunda entre sus partes: su posibilidad está, y su realización dependerá de la curiosidad y sagacidad del lector.

Un tercer aspecto a mencionar dentro de estas características meta-reflexivas ofrecidas por el libro, lo constituye la configuración de un perfil ético de la crítica a partir de los comentarios a la persona y trabajo de Jaime Concha, donde por ético es de entender una pulsión muy presente entre los conferenciantes a señalar un *deber ser* de la crítica. En sintonía con los aspectos hasta aquí esbozados, no se trata ciertamente de una proclama moralizante de parte de un libro que advierte en sus páginas introductorias querer protegerse de la trampa autocomplaciente y zalamera que encierra cualquier homenaje; se trata, más bien, de la consideración e insistencia en comportamientos y actitudes valiosas y necesarias para el trabajo académico con la literatura. La dimensión laudatoria del texto se revela en estos pasajes y es acudida por la mayoría de los articulistas a la hora de hablar de Jaime Concha; de manera notoria, ninguno lo ataca ni discute frontalmente. Sin embargo, en la profundización en que incurren Juan Gabriel Araya, Rodrigo Cánovas, Paula Miranda, Greg Dawes, Jill Kuhnheim y, sobre todo, Brian Gollnick en un artículo brillante, para referir las características de una forma de estudiar la literatura, dicho nivel laudatorio es relegado por uno eminentemente crítico, analítico y argumentativo. La erudición no como un mero enciclopedismo, sino como repertorio de materiales y perspectivas es, en tal sentido, particularmente valorada, en su capacidad de erigirse como una matriz interpretativa diversificada, en desmedro de la monotonía de una sola y repetida metodología adaptable a todo objeto literario. Dentro de esta consideración, la rica formación filosófica de Jaime Concha es insistentemente destacada, y desarrollada en profundidad, al menos en una de sus vertientes, en el artículo “Writing the Dialectic with Coefficients” de Brian Gollnick de la Universidad de Iowa. Esta contribución somete el trabajo crítico de Jaime Concha a un examen acucioso, al develar la plasmación de lo que Gollnick reconoce como una matriz filosófica dialéctica en su forma de escribir. Valiéndose de la comparación con la prosa de Ángel Rama y de un texto de Jaime Concha de 1978 sobre el teatro de Juan Ruiz de Alarcón, Gollnick puede identificar y describir una escritura, que en la saturación de rasgos valóricos como principio constructivo de un momento cultural estudiado, es susceptible de constituir su propia negatividad, y propiciar así un análisis del objeto cultural centrado no en su realización y recepción, sino en las trayectorias interrumpidas que alberga. Esto constituye una forma de “fusionar los horizontes” (la expresión es de Gadamer, advierte Gollnick) del lector de

cualquier tiempo capaz de reconocer desde el futuro dichas trayectorias interrumpidas, respecto del documento cultural del pasado. Queda así descrito un procedimiento afín al trabajo analítico de Jaime Concha, valioso en su incorporación y aprovechamiento:

Among the many things which Jaime Concha's work shows us, the value of leaning heavily into a moment is a constant. Used correctly, a single moment can illuminate not by casting a beam of light powerful enough to cross impossible historical boundaries but by reflecting a much narrower beam against an apparently distant object to illuminate our life in the present. (136)

El libro cierra su recorrido dándole voz al propio homenajeado, quien echa a andar sin desteñir a ojos del lector, aquella destreza expositiva y analítica que desde las páginas iniciales se le viene asignando, en una presentación donde concurren sus lecturas de Sartre, de novelas chilenas de principios del siglo XX, de la historia política del país, y de muchos otros personajes y eventos. El homenaje termina en estas páginas siendo una mera excusa para haber entablado una larga conversación acerca de formas mejores y más saludables de hacer academia en el mundo de hoy. Erudición, inteligencia, disciplina y, sobre todo, compromiso ético, son así invocados como las prerrogativas de algo que puede y que debe mejorar.